

## *Fiona y Fidelio*

**C**uando llegué a aquél departamento, ya ellos estaban ahí. Se llamaban Fiona y Fidelio, tenían 5 y 6 años respectivamente. Mi marido los había adoptado luego de encontrarlos rondando en las calles siendo todavía muy pequeños. Al igual que mi marido, yo también amaba los gatos, e incluso había llegado a tener un par que por enfermedad habían muerto precipitadamente.

Debido a que mi marido y yo tuvimos un noviazgo bastante conservador, no fue sino hasta que nos casamos y me mudé a su casa, que conocí a Fiona y Fidelio. A la par de las labores diarias de aseo en el departamento, me acostumbré a cuidar de ambos gatos llenando sus tazones con agua y croquetas respectivamente, así como limpiar el arenero que ambos compartían. Aunque tanto Fiona como Fidelio me demostraban, a su manera cierto cariño, era evidente que respondían con mayor efusión a la presencia de mi marido. Observar aquella triada resultaba particularmente gracioso pues, aunque eran dos especies con lenguajes y naturalezas distintas, ambas parecían entenderse a la perfección.

Como la pareja de recién casados que éramos, de momento sólo nos preocupaba amueblar el departamento que habitábamos. Los fines de semana los dedicábamos a alistar cosas que considerábamos nos faltarán. Yo había anotado la urgencia

de comprar telas para hacer cortinas y sábanas, así como una lámpara para mi buró y una mesita para la cocina, mi marido en cambio, anotaba mercadillos donde pudiéramos encontrar muebles de viejo que más tarde ambos remodelaríamos.

Nuestra rutina diaria era de una simpleza total. En tanto concluíamos el trabajo y llegábamos a casa, pasábamos las horas siguientes cenando juntos y después más relajados, dedicábamos un par de horas a algún programa en la televisión. Exactamente media hora después, íbamos a la cama y leíamos algo así como veinte páginas cada uno. Mi marido prefería novelas históricas, yo en cambio, solía enfocarme en poesía de principios de siglo XIX. Cerca de las once, cerrábamos los libros en turno y nos despedíamos con un beso. Luego, como ya era la costumbre, Fiona y Fidelio subían a la cama y dormían a nuestros pies.

Algunas semanas después de haber concluido la compra de muebles y de redecorar el departamento, mi marido dijo que era tiempo de dar el siguiente paso. No podía creer lo que acababa de escuchar, ser madre significaba la realización absoluta de un propósito que desde adolescente había querido cumplir. Entusiasmada y conmovida por la propuesta, abracé a mi marido. Unos minutos después ambos nos dirigimos a la recámara, aquél había sido un día muy largo y ambos estábamos agotados como pocas veces nos habíamos sentido. Después de cambiarme la ropa del trabajo en el baño, salí al pasillo y los vi. Ambos gatos estaban sentados en el extremo contrario al pasillo. Los ojos de los dos resplandecían como linternas encendidas en mitad de la noche. Como era habitual en mí cada vez que los veía, les hice una seña cariñosa esperando algún tipo de contestación que casi siempre incluía algún maullido o voltereta sobre el piso si estaban de buen ánimo, esa noche no fue así.